

Trump, Putin y el reloj del fin del mundo

¿Ha llegado la hora final? El prestigioso historiador Serhii Plokhy analiza en *La era nuclear* el retorno de la amenaza atómica y de la carrera armamentística global. A través de una crónica que abarca desde el Proyecto Manhattan hasta la actual guerra de Ucrania, este libro desvela cómo el mundo ha perdido el control del átomo: el colapso de los tratados de control de armamentos y el fracaso de las garantías de seguridad internacional han devuelto a la humanidad a una situación de vulnerabilidad sistémica, donde el riesgo de confrontación accidental es mayor que en cualquier otro momento desde la Guerra Fría.



La era nuclear. Armas atómicas, poder y supervivencia
979-13-991537-2-9
432 páginas
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 27,95 €

«Ahora me he convertido en la Muerte, el destructor de mundos». Ochenta años después de Oppenheimer, ochenta años después de que la primera explosión atómica alumbrara una nueva era, el mundo se asoma de nuevo al abismo nuclear. Una nueva era dominada por un poder incontestable que ha condicionado, como ningún otro, el desarrollo del tenso y efervescente panorama geopolítico internacional hasta nuestros días, atenazado por la amenaza de la destrucción mutua. Ahora, mientras los Gobiernos rearmen sus arsenales, los tratados destinados a limitar la adquisición y el uso de armas atómicas se desmoronan y las armas nucleares están cada vez más al alcance de actores no estatales, asistimos atónitos al renacer de la era nuclear. El aclamado historiador Serhii Plokhy, autor del superventas *Chernobyl*, desentraña en el libro *La era nuclear. Armas atómicas, poder y supervivencia*, la anatomía de una carrera armamentística que nunca terminó en un mundo gobernado por el miedo. Desde la primera fisión artificial del átomo en 1917 y la competición por crear la primera bomba atómica en la Segunda Guerra Mundial, pasando por la tensa escalada armamentística de la Guerra Fría, hasta el imperialismo, las motivaciones neocoloniales y las guerras que se libran hoy, la amenaza que plantean las armas nucleares es tan actual y estremecedora como siempre lo ha sido. Al examinar las motivaciones de los principales actores, en *La era nuclear* Plokhy aborda la pregunta crucial de nuestra época: ¿qué podemos aprender de la primera carrera armamentística nuclear que nos ayude a detener la nueva?

«Pocos historiadores escriben con la autoridad, la claridad y la visión global de Serhii Plokhy [...] Una lectura imprescindible y un libro maravilloso».

Peter Frankopan



Serhii Plokhy, catedrático de Historia de Ucrania en la Universidad de Harvard y director del Harvard Ukrainian Research Institute, es una de las voces más autorizadas con respecto a la historia de la URSS y de la esfera postsoviética. Su vasta obra académica y divulgativa ha sido galardonada con los premios editoriales más prestigiosos. Es autor, entre otros títulos, de *El último imperio. Los días finales de la Unión Soviética* (Turner, 2015), *Locura nuclear: la crisis de los misiles en Cuba* (Turner, 2022), *Las puertas de Europa. Una breve historia de Ucrania* (Península, 2022) y *La guerra ruso-ucraniana. El retorno de la historia* (Península, 2023).

En librerías el miércoles 27 de mayo. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

LAS CLAVES DEL LIBRO

El miedo como regulador sistémico: Plokhy sostiene que el temor a la aniquilación ha sido la fuerza motriz tanto de la proliferación como de los periodos de desarme. La obra analiza cómo el «equilibrio del terror» permitió la tregua nuclear de finales del siglo XX, pero advierte que, sin marcos regulatorios, ese mismo miedo impulsa hoy un rearme desbocado.

Colapso de los marcos normativos: El autor documenta el desmantelamiento de los tratados que rigieron la Guerra Fría, destacando hitos como la retirada del Tratado sobre Misiles Antibalísticos en 2002 y el abandono del Tratado de Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio (INF) en 2019. Esta orfandad jurídica sitúa al mundo en una fase más peligrosa que la crisis de 1962.

La quiebra de la no proliferación: El libro utiliza el Memorando de Budapest de 1994 como un caso de estudio crítico. La invasión de Ucrania por parte de una potencia nuclear garante de su seguridad envía un mensaje global: las armas atómicas son percibidas ahora como la única garantía real de soberanía estatal.

La guerra en las centrales nucleares: Se examina el fin de la era de los «Átomos para la Paz». Plokhy describe cómo instalaciones civiles como Zaporíyia han sido transformadas en armas de chantaje, borrando la distinción entre tecnología nuclear con fines pacíficos y militares.

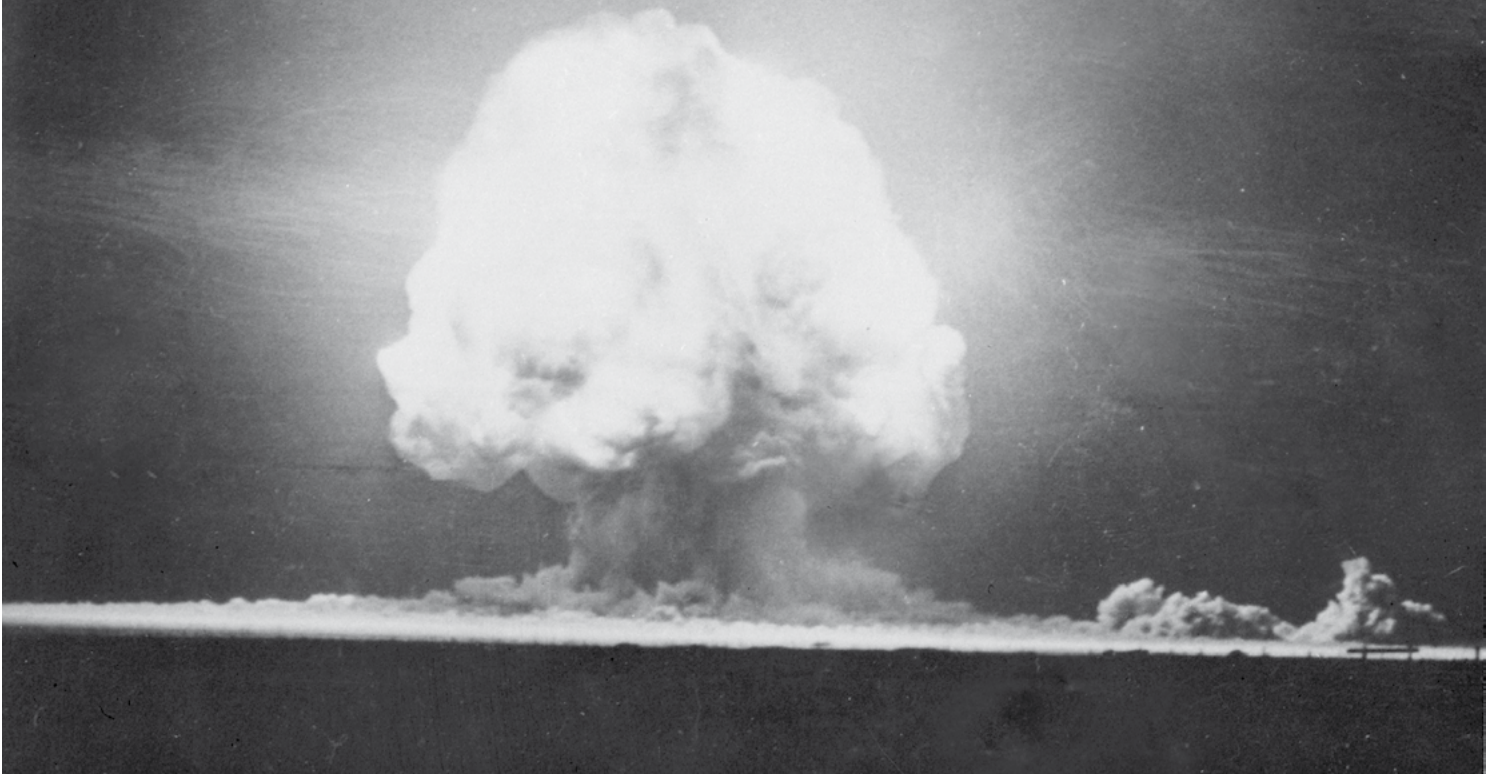
Multipolaridad y nuevos actores: El texto advierte que el escenario actual no es el duopolio soviético-estadounidense, sino una red de nueve estados nucleares y cerca de cuarenta países con «capacidad latente» para desarrollar la bomba en plazos breves.

«De alcance panorámico y meticuloso en los detalles... El libro de Plokhy, perfectamente oportuno, convincente e imprescindible, nos recuerda que el espectro de la extinción nuclear no es una pesadilla de la Guerra Fría, sino una condición permanente de la vida moderna».

Financial Times

SUMARIO

La era nuclear explicado por su autor



La era nuclear vino al mundo con la explosión de la primera bomba atómica en el desierto de Nuevo México el 16 de julio de 1945. El hombre al que se suele considerar el principal creador de la bomba, el físico estadounidense Robert Oppenheimer, le dio la bienvenida con estas palabras: «Me he convertido en la Muerte, el destructor de mundos». Citaba la *Bhagavad Gītā*, un texto sagrado hindú de 701 versos, aunque también podría estar hablando en nombre de la propia era nuclear. Concebida por científicos y novelistas en el albor del siglo XX como una era que transformaría el mundo a mejor, llegó con una explosión aterradora y sin precedentes.

Numerosas personas –científicos, ingenieros y no pocos políticos– trataron de convertir en realidad el potencial pacífico de la era nuclear. Intentaron emplear el poder del átomo para curar enfermedades, excavar canales, liberar gases subterráneos y transformar desiertos en vergeles mediante potabilizadoras de agua salada. La mayoría de tales proyectos fracasó. Algunos tuvieron éxito, como demostró la producción de electricidad y la motorización de rompehielos, naves y submarinos, pero incluso los exitosos no respondieron a las expectativas suscitadas en los primeros tiempos de la era atómica. Hasta las empresas nuclea-

res más audaces quedaron muy por debajo de las expectativas. Hoy, tan solo un 10 por ciento de la electricidad del mundo la producen reactores nucleares. Nombres como Three Mile Island, Chernóbil y Fukushima le recuerdan al mundo el precio de este limitado éxito y dificultan su futuro desarrollo.

Así pues, la edad nuclear se convirtió, ante todo, en la era de la bomba o, mejor dicho, de las dos bombas. Atómicas, arrojadas contra seres humanos en agosto de 1945 en las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki, así como de la bomba de hidrógeno, que hizo su dramática entrada en escena con el ensayo Castle Bravo de 1954, que contaminó buena parte del océano Pacífico. La llegada de las armas nucleares cambió la naturaleza de la política internacional. De un lado, las armas nucleares, en particular la bomba de hidrógeno, ponían en entredicho la supervivencia de toda la humanidad. En la década de 1960 existió una posibilidad real de que medio mundo fuera destruido por una guerra nuclear total entre las dos superpotencias con armas nucleares, Estados Unidos y la Unión Soviética. Por otro lado, la posibilidad de un holocausto nuclear contribuyó a contener a esas superpotencias, lo cual condujo a la paz global más prolongada de la era moderna.

Si la era nuclear ha sido definida por la bomba, su trayectoria y sus etapas principales fueron determinadas por la carrera de armamentos nucleares, que tiene dos componentes: la carrera por construir la bomba, conocida como la proliferación horizontal de armas nucleares; y la proliferación vertical, o la carrera por acumular dichas armas y los medios para lanzar ojivas nucleares: bombarderos, misiles con base en tierra y sus equivalentes lanzados desde el mar. Estados Unidos ganó la carrera para crear la bomba. Fue el primero en alcanzar la línea de llegada en 1945, muy por delante de los otros aspirantes nucleares de primera hora: la Alemania nazi, el Japón imperial, la Unión Soviética comunista y, por último, aunque no menos importante, Gran Bretaña, un competidor que acabó convertido en colaborador.

La consecución estadounidense de la bomba desencadenó la siguiente fase de la carrera. Otros países se subieron con entusiasmo al carro del arma atómica. La Unión Soviética obtuvo la bomba en 1949, Gran Bretaña en 1952, Francia en 1960, China en 1964 e Israel alrededor de 1969. India consiguió la capacidad nuclear en 1974 e hizo estallar su primera bomba atómica en mayo de 1998, pocas semanas antes de que Pakistán probara su arma nuclear. Por último, Corea del Norte se sumó al club nuclear de la forma más espectacular en 2006. Estados Unidos, Gran Bretaña, China y Francia, por este orden, también obtuvieron bombas de hidrógeno entre 1954 y 1968. Hoy, nueve países poseen armas nucleares. Es una cifra mucho menor de lo que muchos predijeron a principios de la década de 1960 –John Kennedy temía que hubiera no menos de veinte nuevos Estados nucleares antes del final de la década–, si bien la cifra actual es engañosa. Aunque tan solo hay nueve Estados con armas atómicas de pleno derecho, alrededor de cuarenta tienen acceso a la tecnología y las materias primas necesarias, o tienen la capacidad de producir la bomba, en algunos casos en un plazo de tiempo muy corto.

Numerosos observadores hablan en la actualidad del retorno de la era nuclear, o de la segunda era nuclear o atómica. En realidad, se refieren al retorno de la carrera de armamentos nucleares. De hecho, la era nuclear nunca nos abandonó en lo que se refiere a las armas nucleares o a la energía atómica. Hubo, no obstante, una breve tregua en la carrera armamentística, que comenzó a finales de los años ochenta y comienzos de los noventa del siglo XX, cuando las dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética/Federación de Rusia, acordaron reducir sus arsenales nucleares y cierto número de países que poseían la bomba decidieron, o se vieron obligados, a renunciar a ella. Esta tregua finalizó en 1998 con la

serie de pruebas nucleares llevadas a cabo por India y Pakistán. Con el inicio del nuevo milenio, Estados Unidos y Rusia empezaron a dismantelar el régimen de control y reducción de armas nucleares de finales de la Guerra Fría, con el abandono o renuncia de un acuerdo tras otro. Alrededor de 2006, Corea del Norte se incorporó al club nuclear, con lo que desafió a Estados Unidos y a sus aliados en la región, además de abrir la posibilidad de que Japón y Corea del Sur se transformaran en potencias nucleares. Por otro lado, Irán adquirió su primer reactor nuclear y retomó su programa de armas atómicas. En 2022, Rusia amenazó con utilizar armas nucleares contra Ucrania y, en 2024, empleó por primera vez en la historia un misil balístico de alcance medio para atacar un centro urbano.

«Negras nubes se ciernen sobre el horizonte nuclear, con amenazas por todos lados», escribió en junio de 2024 Matthew Bunn, del Proyecto de Gestión del Átomo de Harvard. Enumeró las siguientes amenazas: «La grandilocuencia atómica de Rusia en su guerra contra Ucrania, la construcción de cientos de silos de misiles nucleares por parte de China, las pruebas de misiles nucleares de Corea del Norte, la constante competición atómica entre India y Pakistán y los avances de Irán hacia la capacidad de armas nucleares». Bunn continuó: «En respuesta, los dirigentes estadounidenses debaten acerca de si es necesario volver a acumular armamento atómico estadounidense. Al mismo tiempo, las tecnologías en evolución, desde los misiles hipersónicos a la inteligencia artificial, están tensionando los equilibrios militares y podrían hacerlos más inestables. El riesgo de guerra nuclear no había sido tan elevado desde la crisis de los misiles de Cuba».

En mitad del rápido deterioro del clima internacional, Estados Unidos, Rusia, China, y numerosos miembros del club nuclear, aceleraron sus trabajos para «modernizar» sus arsenales nucleares. Rearme nuclear es una definición más precisa de este proceso. Sin los acuerdos de la época de la Guerra Fría que regulaban la carrera de armas nucleares, y con los que todavía siguen en vigor, aunque constantemente cuestionados y socavados, nos hallamos hoy, en efecto, en una realidad más peligrosa que en ninguna otra desde la crisis de los misiles cubanos de 1962, la cual fue el resultado, en muchos sentidos, de una carrera de armas atómicas no regulada. Con el incremento de los arsenales nucleares y las armas atómicas al alcance de un número de países mayor que nunca, la carrera nuclear incontrolada incrementa las posibilidades de una contienda nuclear, accidental o no.

Ha habido intentos de limitar la proliferación de armas nucleares, ya sea mediante la electrocución

de espías verdaderos o presuntos, como sucedió en Estados Unidos en 1953; por la negación de la tecnología de armas nucleares y la oferta de electricidad generada por energía nuclear, como se hizo bajo los auspicios del Tratado de No Proliferación Nuclear de 1968; librando guerras preventivas, como en Irak en 2003; y por medio de la aplicación de sanciones a los infractores, como por ejemplo Irán. Todos estos métodos no han logrado proporcionar los resultados deseados, pues la proliferación continuó, si bien a un ritmo mucho más lento. Incluso países pequeños y pobres como Corea del Norte pueden conseguir la bomba si están decididos a hacerlo. Puede decirse que la tecnología de armas nucleares es más fácil de obtener en la actualidad que durante la Guerra Fría y existe un temor creciente de que acabe en manos de terroristas no estatales, contra los cuales la disuasión nuclear no funciona. Una nueva amenaza llegó con la conducta temeraria de un actor estatal, la Federación de Rusia cuando su Ejército llevó la guerra a las instalaciones nucleares de Ucrania y cuyos mandatarios amenazaron con emplear armas nucleares contra un Estado carente de ellas.

¿Hay algo que podamos aprender de la primera carrera de armas nucleares que pueda ayudarnos a detener, o, cuando menos, a controlar, la nueva carrera? Tal es la pregunta a la que intento responder en este libro. Al narrar la historia de la carrera de armas nucleares, muestro cómo el «club» que hoy conforma la comunidad de armas nucleares inició su existencia. Aunque el asunto que más me interesa aquí es «por qué». ¿Qué impulsó a las naciones a empeñarse en el gasto inmenso de construir bombas atómicas y de hidrógeno y luego a lanzarse a acumular arsenales nucleares? ¿Por qué los países que poseían armas nucleares decidieron establecer cierto control sobre ellas, e incluso reducir los arsenales, mientras que otros decidieron renunciar a las armas que ya tenían?

Por qué los países optan por el arma nuclear ha atraído desde hace mucho tiempo la atención de los estudiosos y hoy contamos con una biblioteca completa en torno a la cuestión. Dicha bibliografía, escrita en su mayor parte por politólogos, pone el foco en factores tales como la seguridad, el prestigio y la política doméstica, así como en cuestiones de economía política y de psicología de los líderes. Como mostraré aquí, las razones para la adquisición o la renuncia

del arma nuclear suele diferir de un país a otro. Con todo, sea cual sea la combinación de factores de cada caso particular, el temor a un ataque nuclear de otro Estado o a las fuerzas convencionales superiores de un adversario es el motivo más común. En otras palabras, las consideraciones de seguridad se impusieron a las cuestiones que preocupan a las élites dirigentes, tales como el anhelo de obtener ventajas militares o estratégicas sobre los adversarios, mantener o alcanzar el estatus de gran potencia o mejorar la posición en la comunidad internacional.

Creo que la preocupación de las naciones por su seguridad, representada por la emoción del miedo, es primordial para comprender su decisión de obtener el arma nuclear. En mi libro acerca de la crisis de los misiles de Cuba, *Locura nuclear (Nuclear Folly)*, consideré el temor un factor clave que influyó en las decisiones nucleares y aquí sostengo que constituyó un elemento importante en la historia de la era nuclear en su conjunto. El miedo puede producir diferentes reacciones y desempeñar varias funciones en las relaciones internacionales. Puede hacer que una nación se concientice del peligro y empuje a una segunda a incrementar su seguridad o, por el contrario, llevar a decisiones irracionales y embarcarse en empresas cuestionables, tales como la carrera de armas nucleares.

El miedo ha tenido efectos contradictorios en la historia de la carrera de armas nucleares. La ha fomentado, pero también la ha hecho más manejable y predecible. Fue el temor, compartido por los adversarios nucleares y creado por lo que Churchill denominó el «equilibrio del terror», lo que posibilitó la firma de los tratados de control y reducción de armamentos de las décadas postreras de la Guerra Fría. Con la desaparición de los tratados de la Guerra Fría y el desencadenamiento de una carrera armamentística nueva y no regulada el miedo ha vuelto, dispuesto ahora a azuzar una carrera de armas que, en el mejor de los casos, resultará en un enorme despilfarro de dinero y de recursos y que, en el peor, nos llevará a una confrontación nuclear. En este nuevo contexto, tenemos que volver a aprender a gestionar nuestro miedo, a recordar lo muy peligroso que puede ser un pulso nuclear y reconocer lo importante: no convertirse en la víctima de un chantaje nuclear, ni animar la temeridad política de los rivales nucleares.



¿ESTAMOS CERCA DE UNA GUERRA NUCLEAR? ENTREVISTA A SERHII PLOKHYY EN PROSPECT

Tal y como sugiere el título de tu último libro, hablamos de la era nuclear, que, según escribes, comenzó en el desierto de Nuevo México el 16 de julio de 1945, con la explosión de la primera bomba atómica del mundo. Pero, por supuesto, hoy en día seguimos viviendo en una era nuclear. Hay nueve Estados con arsenales nucleares completos, muchos de los cuales tienen líderes a veces impredecibles, y cuarenta con acceso a la tecnología y a los materiales para fabricar una bomba si así lo desean. ¿Qué gravedad tiene el momento en el que vivimos ahora?

Yo diría que es más grave de lo que realmente creemos. Y la razón es que, en muchos sentidos, nos dejamos llevar por ese «dividendo de la paz» que trajo consigo el fin de la Guerra Fría y la caída del Muro de Berlín, hasta tal punto que, de alguna manera, nos convencimos a nosotros mismos de que habíamos salido de la era nuclear. Por eso ahora se están publicando libros sobre la segunda era nuclear. Pero lo que intento mostrar en mi libro es que, una vez que llegó la era nuclear, se quedó. Y la nueva situación en la que nos encontramos ahora es que estamos en una renovada carrera armamentística nuclear. Así que eso es diferente en cuanto al rearme que está ocurriendo en el mundo, el rearme nuclear en particular, y los fuertes incentivos que tienen los países para adquirir armas nucleares. En el contexto de la

agresión rusa contra Ucrania, un Estado que en algún momento tuvo el control físico sobre un tercio –o el tercer mayor arsenal nuclear del mundo– y renunció a él. Así que esas son realmente las nuevas características de la época en la que vivimos. La era nuclear sigue con nosotros. La próxima carrera armamentística nuclear está cobrando impulso y crecen las tensiones entre los países por hacerse con armas nucleares.

Usted menciona que uno de los principales motores de la carrera armamentística nuclear, es el miedo. ¿Podría explicar cómo surgió y qué papel desempeñó el miedo para los científicos que desarrollaron la bomba por primera vez y también posteriormente?

La primera bomba atómica fue construida por los estadounidenses con la asistencia y la ayuda del Reino Unido. Y tanto el Reino Unido como Estados Unidos comenzaron a desarrollar el proyecto nuclear en respuesta no solo al miedo, sino, en cierto modo, a un miedo casi paranoico que trajeron primero al Reino Unido y luego a Estados Unidos los refugiados de la Alemania nazi y la Italia fascista, científicos, judíos o no, que fueron expulsados de Europa por Hitler. Y existía una grave preocupación de que los alemanes, la Alemania nazi, fueran los primeros en adquirir armas nucleares. Eso no era ningún tipo de

paranoia, porque Alemania realmente lideraba muchas áreas de investigación relacionadas con las armas nucleares. Y esa era una expectativa muy, muy razonable que tenían

estos científicos. Así que tanto el Reino Unido como Estados Unidos acabaron embarcándose en este proyecto de desarrollar la bomba por miedo a la bomba nuclear nazi. Y eso realmente desencadenó reacción en cadena en términos del miedo y la postura de los diferentes países ante la bomba que irrumpió en escena de forma tan sobrecogedora, primero en el desierto de Nuevo México en julio de 1945, y luego en Hiroshima y Nagasaki, en agosto de 1945. Esto llamó realmente la atención de muchos líderes del mundo, desde Joseph Stalin, quien comprobó que las armas nucleares eran una realidad, hasta los fundadores de los nuevos Estados que iban a aparecer en el mapa mundial, como Nehru en la India o Ben Gurión en Israel, a los que ya concebían como potencias nucleares porque, de lo contrario, no creían que pudieran defender su independencia.

Usted dice que la idea de la disuasión nuclear como estrategia política nació, en cierto modo, en un momento concreto, el 11 de octubre de 1939. ¿Podría contarnos un poco sobre ese momento y lo que significa para todo lo que vino después?

Uno de esos académicos refugiados de la Europa nazi, Leó Szilárd, convenció a algunas figuras clave de la administración estadounidense de que la bomba nazi era real y de que Estados Unidos tenía que hacer algo al respecto, y también convenció a Einstein para que firmara dicha carta dirigida al presidente Franklin Delano Roosevelt. Esto llamó la atención del presidente. Y entonces enviaron no a un físico, sino a un auténtico hombre de negocios, un vendedor, para venderle la idea a FDR. Y FDR estuvo escuchando durante mucho tiempo, y solo hay que ponerse en el lugar de los políticos de alrededor de 1939. Unos tipos locos se presentan en tu puerta y te dicen: «Bueno, no puedes verlo, pero está en todas partes. Está en tu mesa, está en tu sartén, esas cosas finas se llaman átomos. Y son tan pequeñas que no puedes verlas, pero luego puedes dividir las y la energía que saldrá de ahí puede destruir toda la ciudad. ¿Te creerías algo así? ¿Arriesgarías millones de dólares de los contribuyentes y pondrías en juego tu carrera política por hacer algo así? Así que Hitler no se lo creyó. Stalin tampoco se lo creyó. FDR, al parecer, tenía una imaginación mucho más activa. Pero incluso entonces, estuvo escuchando durante mucho tiempo y dijo: «Vale, ¿y cuál es la conexión?». Así que los alemanes pueden tener la bomba. Pueden volar nuestro puerto. Eso fue en 1917, la mayor explosión del mundo en Halifax, del barco que iba cargado de explosivos.

«La era nuclear sigue con nosotros. La próxima carrera armamentística nuclear está cobrando impulso y crecen las tensiones entre los países por hacerse con armas nucleares».

nuestro puerto». Fue una forma interesante de plantearlo. Así que la bomba no se necesita para volar el puerto alemán, sino que, una vez que tengamos esta bomba, los alemanes, de alguna manera, no atacarían nuestro puerto. Y eso es lo que estoy diciendo, que fue entonces cuando nació, en pocas palabras, todo el concepto de las armas nucleares como elemento de disuasión. Y, en realidad, fue formulado por el político al que se le presentó por primera vez el concepto de la energía nuclear y el nivel de destrucción que puede acarrear.

¿Solo porque los científicos aseguraban que era posible, debía de haberse llevado a cabo?

Eso era precisamente lo que tenía muy presente Leó Szilárd, a quien ya he mencionado, una figura clave a la hora de venderle al presidente estadounidense ese miedo que, sin duda, le consumía. Y luego, al darse cuenta en 1944 de que, en primer lugar, los alemanes habían tomado un camino equivocado, de que no iban a conseguir la bomba y de que la guerra terminaría antes de que se construyera la bomba en los Estados Unidos. Y entonces, el miedo fue sustituido por el pánico. ¿Qué hice? ¿Qué hicimos? Y, en realidad, hubo debates muy serios dentro del Proyecto Manhattan. Había gente que protestaba contra las pruebas de la bomba, y otra gente que vivía el Proyecto Manhattan. Ese fue también el contexto en el que la inteligencia soviética trabajó con gran eficacia, aprovechándose de ello; esa es una de las preocupaciones entre los estudiosos que finalmente llegaron a la conclusión de que, bueno, la única forma de evitar realmente que el mundo utilizara armas nucleares era no permitir el monopolio nuclear. Así que la idea era: vale, ayudamos a Estados Unidos a construir esta bomba, pero para que el mundo siguiera adelante, necesitamos más de una potencia nuclear; más de una bomba. Y eso sin duda facilitó toda la idea del espionaje y el intercambio de información. Había mucha ideología, ideología de la izquierda comunista y otras cosas, pero también había una preocupación generalizada, no relacionada solo con la ideología comunista entre los científicos, sobre qué saldría de todo aquello. Y luego está la figura y la postura muy interesantes de la persona más responsable de la construcción de la bomba, Oppenheimer, Robert Oppenheimer, quien al final se opuso a Leó Szilárd y dijo que, bueno, no solo teníamos que probar la bomba, sino que teníamos que probarla con seres humanos. Así que adoptó la postura de que teníamos que bombardear ahora mismo, no a Alemania, sino a Japón. Y su argumento no era que Estados Unidos lo necesitara para acabar con la

Esos eran los límites de la imaginación en aquella época. Y FDR dice: «Entonces, lo que intentas decirme es que necesitamos esta bomba para evitar que los alemanes vuelen

guerra –eso quizá fuera cierto, pero en un segundo plano–, sino que, en el fondo, el argumento principal era que, a menos que le mostráramos realmente al mundo lo horrible que es, el mundo seguiría construyendo bombas y acabaría, finalmente, en una guerra nuclear. Y es que, la verdad, no me gustaría estar en la posición de nadie que defendiera algo así o adoptara esa postura en aquel momento. Pero ahora, mirando atrás, en realidad funcionó. Todavía tenemos a Hiroshima y Nagasaki como un tipo de tabú sobre el uso de las armas nucleares que sigue vigente hoy en día. Y esa es una de las razones por las que seguimos aquí y por las que hoy mantenemos esta conversación. Y por las que el mundo entero no desapareció en algún momento de los años 50 y 60. Así que se trataba de decisiones morales realmente imposibles a las que se enfrentaron los académicos que fueron los impulsores –no fue el gobierno al principio, fueron los académicos los que impulsaron la fabricación de esa bomba– cuando finalmente crearon lo que querían crear.

A la bomba nuclear le siguió la bomba de hidrógeno, y no todos los que apoyaron la creación de las bombas nucleares en un principio respaldaron el desarrollo de esta segunda generación de armas nucleares y de la bomba H. ¿Cómo afectó eso a la carrera armamentística nuclear de la época?

Eso supuso un verdadero punto de inflexión, porque las bombas atómicas, sobre todo las primeras, tenían un alcance bastante limitado.

Por lo tanto, resultaban prácticamente inútiles en el frente, donde los estadounidenses decían que estaban bombardeando las bases militares japonesas, pero en realidad se trataba de bombardeos terroristas. Estaban bombardeando ciudades, tal y como se había hecho durante toda la Segunda Guerra Mundial en Europa y en Tokio. El bombardeo incendiario de Tokio de marzo de 1945 causó mucho más daño y muchas más muertes que cualquiera de las bombas nucleares. Elegían las ciudades donde el impacto sería mayor, como ciudades rodeadas de montañas, lo que de hecho aumentaba el impacto. Lo que intento decir es que, tanto las primeras bombas atómicas como las segundas, tenían un uso limitado y también una capacidad limitada para causar esa destrucción. En todos estos casos, el efecto fue local. Una vez que se llega a la bomba de hidrógeno, entonces diría que el cielo es el límite. Ni siquiera eso, el poder destructivo que puede alcanzar es realmente infinito. La bomba más grande se probó a principios de la década de 1960 y se llamaba Sarbomba. En la Unión Soviética, los científicos e ingenieros soviéticos estaban aburridos trabajando en esa bomba, porque se trataba simplemente de

aumentar la potencia; no había avances científicos ni aspectos interesantes que supusieran un reto. Solo estaban aumentando la potencia. Y eso significaba que, de hecho, se podía destruir el mundo entero, no solo una ciudad seleccionada específicamente con el fin de demostrar el poder de las armas nucleares. Y el mundo entero empezó a sufrir también por las pruebas en la atmósfera en particular, porque con las bombas de hidrógeno, todo va a parar a la estratosfera. Aunque ensayos en algún lugar remoto del Pacífico, poniendo en peligro solo a la población local, la lluvia radiactiva acaba en algún lugar de Nueva York o de Londres. Así que eso fue un verdadero punto de inflexión que, finalmente, condujo en la década de 1960 a esa idea llamada «destrucción mutua asegurada». Eso fue lo mejor que le pudo pasar al mundo en términos de gestionar algo que, de otro modo, era imposible de gestionar. Ese que desencadenó la carrera armamentística nuclear sirve como una forma de mantenerla, de algún modo, dentro de unos parámetros concretos para salvar al mundo de sí mismo y de la aniquilación nuclear. Ese equilibrio incierto es lo que realmente nos ayudó a sobrevivir a la Guerra Fría. Churchill escribía sobre el equilibrio del terror, y yo, en mi libro, escribo sobre el equilibrio del miedo, haciendo hincapié en el hecho de que no basta con tener esas bombas. Es muy importante, de hecho, que la otra parte tenga ese miedo. Y el miedo a la espada que, en realidad, impediría la guerra y no desencadenaría otra agresión. Así que el miedo se presenta de diferentes formas y maneras.

«destrucción mutua asegurada». Eso fue lo mejor que le pudo pasar al mundo en términos de gestionar algo que, de otro modo, era imposible de gestionar».

Como ha mencionado, a menudo tendemos a pensar que quizá hubo una primera era nuclear y que esta terminó con el fin de la Guerra Fría. Y ahora vemos que no es así...

Bueno, la Guerra Fría terminó realmente con una serie de acuerdos muy importantes firmados primero por Reagan y Gorbachov y luego por George H. W. Bush y Gorbachov. Y, en realidad, el ambiente en el mundo quedó plasmado en el título de ese artículo y luego del libro de Francis Fukuyama, *El fin de la historia*. Fukuyama se refería a la victoria de la democracia liberal, pero se interpretó de manera muy amplia, en el sentido de que la era de las guerras, la propia era nuclear; había llegado a su fin. Y no fue en ese contexto en el que los países renunciaron a las armas nucleares. Sudáfrica fue uno de ellos. A diferencia de Ucrania, Sudáfrica desarrolló armas nucleares, pero luego renunció a ellas para ganarse la aceptación de la comunidad internacional tras décadas de ser un Estado paria debido al apartheid y a todo tipo de cosas horribles que estaban ocurriendo en ese país. Y Ucrania, donde se produjo una gran movilización a favor de la independencia, a raíz del desastre de

Chernóbil tampoco veía ninguna utilidad particular en las armas nucleares y se vio sometida a una enorme presión por parte de Rusia y Estados Unidos para que renunciara a esas armas nucleares. Así que ese fue un momento en el que el régimen de no proliferación se convirtió, de hecho, en el punto más importante de la agenda. Los años noventa, o al menos parte de esa década, constituyen el periodo más exitoso en materia de no proliferación. Tras la crisis de los misiles en Cuba, el país firmó un acuerdo para prohibir los ensayos nucleares en cualquier lugar, salvo bajo tierra. Y en la década de los noventa, de hecho dejaron de realizar ensayos incluso bajo tierra, o al menos los grandes, como Rusia y Estados Unidos, y luego China. Y esa prohibición, en cierta medida informal, sigue vigente hoy en día. Ese es el legado de los años noventa. Pero luego la historia volvió, no solo en términos de problemas con la democracia liberal, sino también con los conflictos regionales y ahora el conflicto global. Los primeros países que se sumaron al club de las potencias nucleares fueron India y Pakistán; los conflictos entre esos países existían desde la retirada del Imperio británico de la región en los años cuarenta. Y luego, por supuesto, Corea del Norte. Hoy en día, Irán vuelve a ser noticia una y otra vez. Y la carrera armamentística nuclear entre las grandes potencias ha vuelto. Y yo diría que hoy nos encontramos en una situación más peligrosa que en la época de la crisis de los misiles en Cuba. Y la razón es que hay más países que poseen armas nucleares, más países que pueden adquirirlas, porque las armas nucleares, en sí mismas, ya no son tecnología de vanguardia como a mediados de la década de 1950.

Es caro, pero no demasiado. Si Corea del Norte, en completo aislamiento, fue capaz de fabricar primero una bomba atómica y luego una bomba de hidrógeno, entonces cualquiera o casi cualquier lugar del mundo que se lo proponga, puede hacerlo hoy en día. Y eso no era así en la década de 1960. Por eso la historia ha vuelto, incluida la historia de la era nuclear, y ha vuelto con fuerza.

Se habla mucho de Irán, por ejemplo. Pero, ¿cuál es el país que más le preocupa?

La mayor parte de la atención se ha centrado en Irán por razones obvias. Creo que no hay nada bueno en que Irán se nuclearice pero supongo que, tarde o temprano, eso probablemente sucederá. Pero también me preocuparía una reacción exagerada y el inicio de otra guerra del tipo de la de Irak, otra guerra preventiva. Porque lo que puedo decirte como historiador que vivió el inicio de la era nuclear es que,

cuando casi cualquier país adquiere armas nucleares, se produce una especie de pánico apocalíptico. Pakistán consiguió la bomba y seguimos aquí, y es muy bueno que, de hecho, no se iniciara ninguna guerra preventiva contra Pakistán por eso. Dios no lo quiera que Israel tenga armas nucleares, se pensaba en la década de 1960, los países árabes se volverían locos y habría una destrucción total de Oriente Medio. Israel consiguió su bomba, pero no lo anunció. Una vez más, eso no significa que la situación en Oriente Medio haya cambiado drásticamente en ningún sentido.

Así, aunque lo más importante es, por supuesto, no fomentar que nuevos países se sumen al club nuclear, debemos evitar reaccionar de forma exagerada. Porque, de lo contrario, tendremos otra guerra de Irak y la estabilización de toda la región se verá comprometida durante un largo periodo de tiempo. Ese es el primer comentario que quiero hacer. Y en cuanto a los países que, en mi opinión, probablemente sean los que más se plantean ahora el tema de las armas nucleares y que sin duda podrían adquirirlas en un plazo muy breve, sugeriría Japón y Corea del Sur, porque es allí donde están aumentando las tensiones ahora, con China probablemente como el actor más dinámico en la nueva carrera armamentística, combinándola además con la inteligencia artificial. Y ven a un aliado muy poco fiable en los Estados Unidos, y casi da igual lo que pase mañana, porque ya se ha enviado esta señal al mundo de que EE. UU. podría no aparecer cuando realmente se le necesite. Y eso plantea serias dudas sobre el futuro en Tokio y en Seúl. No sé mucho sobre Taiwán, pero, por supuesto, está en el

«Hoy nos encontramos en una situación más peligrosa que en la época de la crisis de los misiles en Cuba. Y la razón es que hay más países que poseen armas nucleares, más países que pueden adquirirlas, porque las armas nucleares, en sí mismas, ya no son tecnología de vanguardia como a mediados de la década de 1950».

punto de mira de la actualidad y es uno de los países más avanzados tecnológicamente del mundo. Así que, en mi opinión, el Lejano Oriente es básicamente el lugar donde, en primer lugar, existen las capacidades necesarias, pero además los cambios en el entorno internacional hacen que estas cuestiones cobren cada vez más relevancia.

Me gustaría preguntarte un poco sobre Ucrania. Uno de los grandes temores en la actual guerra es que Rusia utilice un arma nuclear, ya sea una de tipo táctico o algo con un impacto mayor. Y ese temor parece condicionar en gran medida la respuesta de la OTAN. ¿Es ese un temor justificado?

Lo que tenemos, sobre todo con el inicio de la agresión total de Rusia contra Ucrania, es un profundo desequilibrio de miedo, lo cual es una situación muy peligrosa, porque tanto Putin como su segundo al mando, Dmitri

Medvédev, siguen lanzando amenazas más o menos veladas. Occidente realmente desaprendió las reglas del juego que se establecieron durante la Guerra Fría. Y cuando hablo de Occidente, no me refiero solo a los políticos, sino a las democracias. Me refiero a la población en general. Así que pasó a primer plano una nueva generación de políticos y ciudadanos que realmente nunca había vivido la Guerra Fría. Y, sin duda, Putin estuvo ganando durante mucho tiempo ese juego de amenazas, amenazando a Occidente con la posibilidad de las armas nucleares. Lo que ocurrió en 2022 fue que recibió una respuesta que no solo vino de Estados Unidos o de Occidente, sino también de China y la India. El mensaje que se le envió a Putin fue que el uso de armas nucleares seguía siendo un tabú.

Sin embargo, el traspaso de unas supuestas «líneas rojas» por parte de Ucrania –no por parte de Estados Unidos ni de Occidente– condujo a una nueva atmósfera en la que, por ejemplo, ya no oímos hablar mucho, ni por parte del presidente Trump ni de los líderes occidentales, de preocupaciones reales sobre el uso de armas nucleares por parte de Putin en Ucrania. Una de las razones realmente tristes de ello es que, al limitar su ayuda a Ucrania, Occidente eliminó por completo de la agenda la posibilidad de una victoria ucraniana en esa guerra, la posibilidad de liberar los territorios de Ucrania. Putin amenazó con el uso de armas nucleares en otoño de 2022, cuando Ucrania estaba ganando, las tropas rusas se estaban retirando y las líneas del frente cerca de Járkiv se estaban derrumbando. Rusia se vio obligada a abandonar no solo las zonas cercanas a Kiev, sino también el único centro regional que había capturado: Jersón.

Eso ya no está sobre la mesa, lo que demuestra que el chantaje de Putin realmente funcionó. Pero, en general, creo que ahora estamos en una situación un poco más segura, o quizá mucho más segura que en 2022, porque estas amenazas de uso de armas nucleares ahora tienen su contrapartida en forma de contraamenazas, como ocurrió recientemente con la respuesta, aunque muy torpe, de Trump a las amenazas de Putin, de que Estados Unidos está preparado para responder de la misma manera a cualquier tipo de escalada.

Así que la disuasión, la disuasión nuclear, es lo que vuelve a garantizar la seguridad de la gente en este momento.

Sí, sí, exactamente. Esa es la historia de la Guerra Fría; la experiencia de la Guerra Fría demuestra que esto es lo único con lo que realmente podemos contar, por desgracia.

En su libro se propone responder a todo tipo de preguntas sobre por qué el mundo acabó sumido en una carrera armamentística nuclear, por qué algunos países se desarmaron y por qué otros se rearmaron. Al reflexionar sobre esto, tal y como planteó al principio de esta conversación, es un periodo aterrador de la historia. ¿Qué ha aprendido sobre la era nuclear?

No me había dado cuenta de una cosa que estaba ahí: en realidad se trata de la acción humana, toda esa historia. De alguna manera lo vi y pensé: «Vale, eso es lo que pasó, así es como se desarrolló». Y luego lo volví a mirar: uno de los temas centrales del libro es la esfera de las emociones, así que, a fin de cuentas, se trata de seres humanos que están ahí tomando esas decisiones imposibles. Ese fue un descubrimiento. Y otro que surgió desde un punto de vista muy diferente es que, al fin y al cabo, todo se reduce al equilibrio. No podemos deshacer la historia. No podemos deshacernos realmente de las armas nucleares. Mucha gente luchó por ello durante la Guerra Fría, y perdieron esa batalla. No creo que, básicamente, se pueda detener, al menos en este

momento, la proliferación de esta tecnología que, como ya he dicho, no es de vanguardia. Así que la única forma es encontrar la manera de gestionar el miedo. Y se trata de equilibrio. Y eso es lo mejor que podemos esperar, lo mejor que podemos conseguir. Así que quizá no sea una

conclusión muy optimista, pero también se aprende de los altibajos, los errores y quizá los éxitos de quienes lucharon contra las armas nucleares o las reflexiones en torno a ello durante la Guerra Fría. Y, en una nota más optimista, y esta es la última, lo que pensamos y lo que hacemos importa.

Porque no creo que se hubiera llegado a un acuerdo para prohibir los ensayos nucleares en 1963 si, antes de eso, durante una década, no hubiera habido una movilización ciudadana en las calles exigiendo eso. Así que, en realidad, tenemos el poder definitivo para influir en nuestros gobiernos, ya que vivimos en democracias. Y eso también implica que la nueva era nuclear conlleva nuevas responsabilidades en cuanto a nuestras palabras.

Este texto es una transcripción adaptada de la conversación mantenida con Serhii Plokyh en The Prospect Podcast, que puede escucharse [aquí](#) de forma íntegra.

Prospect

DOSIER DE PRENSA



ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Agradecimientos

Prefacio

- 1 La profecía
- 2 El miedo
- 3 Los nazis y sus amigos
- 4 La alianza transatlántica
- 5 El Proyecto Manhattan
- 6 Socios desiguales
- 7 La bomba estadounidense
- 8 El secreto robado
- 9 Las Naciones Unidas
- 10 *Union Jack*
- 11 La bomba de Stalin
- 12 El huracán británico
- 13 Gestionar el miedo
- 14 La superbomba
- 15 La brecha misilística
- 16 *La bombe atomique*
- 17 El síndrome de China
- 18 La apuesta cubana
- 19 Prohibir la bomba
- 20 La estrella de David
- 21 Hombres MAD
- 22 Buda sonriente
- 23 *La guerra de las galaxias*
- 24 La caída del coloso nuclear
- 25 Renunciar a la bomba
- 26 El retorno del miedo
- 27 La guerra preventiva

Epílogo

Bibliografía

Índice analítico

DOSIER DE PRENSA



CAPÍTULO 1

LA PROFECÍA

El momento no podía haber sido más perfecto o más desafortunado, dependiendo del punto de vista de cada uno. H. G. Wells, uno de los novelistas más renombrados y exitosos de Gran Bretaña, terminó su nueva obra, la cual profetizaba una contienda mundial, un año antes del estallido de la Primera Guerra Mundial.

La novela, titulada *El mundo se liberta* (*The World Set Free*), se publicó en el primer año de conflicto, en 1914. El nuevo libro de Wells introdujo a los lectores la idea de una conflagración mundial librada no solo con aeroplanos, tema de su libro de 1907, *La guerra en el aire* (*War in the Air*), sino con un arma más avanzada y devastadora, la bomba atómica.

Al vaticinar la guerra atómica, Wells anunció la llegada de la era del átomo. «En esta botella, señoras y señores, en los átomos que contiene esta botella, hay tanta energía latente como en la obtenida en la combustión de 160 toneladas de carbón –explica a su audiencia el profesor Rufus, uno de los personajes de la novela–. En una palabra: si súbitamente pudiera soltarse esa energía, todos los que estamos aquí ahora volaríamos hechos pedazos; si esa energía pudiera aplicarse a un motor de luz, la ciudad de Edimburgo resplandecería durante una semana».

¿De dónde sacó Wells tales ideas? El célebre novelista no ocultó su fuente de inspiración: un libro titulado *Interpretation of Radium* [Interpretación del radio], publicado en 1909 por un químico de 32 años llamado Frederick Soddy. «El presente relato, que debe largos pasajes al capítulo undécimo de ese libro, se reconoce y se describe a sí mismo», escribe Wells en la dedicatoria de *El mundo se liberta*.

Soddy no solo fue un excelente científico, sino también un divulgador efectivo y prolífico de sus investigaciones y de las de sus colegas. Ninguno de ellos fue tan relevante y destacado como el físico Ernest Rutherford, quien contaba 38 años en el momento en que la obra de Soddy salió de imprenta. Los dos empezaron a trabajar juntos en 1901 en el estudio de las emisiones del torio, un mineral radioactivo. Sus experimentos permitieron a Rutherford formular la teoría de la desintegración radioactiva, según la cual los átomos de sustancias radioactivas se desintegran en átomos de un tipo diferente. Rutherford propuso que el átomo no era indivisible en absoluto. Su desintegración radioactiva no solo podría producir nuevos elementos, sino también energía y que dicha energía, escribieron Rutherford y Soddy en 1903, «debe ser enorme en comparación con la liberada en un cambio químico ordinario».

En ocasiones, Rutherford sentía inquietud por su descubrimiento. Le oyeron decir por casualidad «algún necio en un laboratorio podría volar el universo sin darse cuenta». Otros, proponer que «si se descubriera un detonador adecuado, es concebible iniciar mediante la materia una oleada de desintegración atómica que desvanecería en humo este viejo mundo». Algunos de los que le oyeron decir esas palabras no lo tomaron en serio. Pero Soddy, en una conferencia pronunciada en el congreso de 1904 de los Reales Ingenieros, trató con absoluta seriedad la posibilidad de una nueva arma atómica. Afirmó que «el hombre que ponga su mano sobre la palanca con la que la parsimoniosa naturaleza regula con tanto celo la producción de este reservorio de energía poseerá un arma con la cual, si así lo eligiera, podría destruir el mundo».

CAPÍTULO 5

EL PROYECTO MANHATTAN

En Washington, el ataque contra Pearl Harbor eliminó todo escrúpulo moral con respecto al desarrollo de la bomba atómica. «¿Nuestro primer ministro y el presidente estadounidense, y los respectivos Estados Mayores, estarían dispuestos a aprobar la destrucción de Berlín y del territorio circundante si se les dice que se lograría de un solo golpe?». Tal fue la pregunta que Vannevar Bush y James Conant debatieron en el verano de 1941 con Charles Galton Darwin, director de la Oficina Científica Central Británica [*British Central Scientific Office*] en Washington,

la misión de enlace científico del Reino Unido en el distrito federal.

Después de Pearl Harbor, esto dejó de ser su problema. Ganar a los alemanes la carrera por producir una bomba pasó a ser el imperativo supremo. «Todavía quedan en Alemania numerosos científicos competentes», escribió Conant a Bush a finales de la primavera de 1942, para señalar los informes de inteligencia acerca de las requisas germanas de agua pesada en Noruega y el incremento de la actividad de espionaje en relación con las in-

investigaciones nucleares. En lo que respecta a Conant, los estadounidenses tenían que apresurarse, pues la bomba podía decidir el desenlace de la contienda. «Si la posesión de la nueva arma en cantidades suficientes va a ser un factor determinante en la guerra, entonces la cuestión de quién la consigue primero pasa a tener una importancia crucial –escribió Conant–. Una demora de tres meses podría ser fatal. Por ejemplo, el empleo de una docena de bombas contra Inglaterra bastaría para posibilitar su invasión».

Pero ¿cómo fabricar la bomba? Había tres maneras de enriquecer uranio-239 para producir el combustible de la bomba: difusión gaseosa, separación electromagnética o separación centrífuga. Otro método alternativo sería la producción de plutonio en un reactor nuclear que todavía estaba por construir. Desde un punto de vista científico y tecnológico, ninguna de estas alternativas era barata o fácil. Sin embargo, Conant se negó a elegir entre cuatro tecnologías no probadas. Propuso

emprender simultáneamente los cuatro proyectos, con el objetivo de construir seis bombas a mediados de 1944 o incluso antes.

El 17 de junio de 1942 Roosevelt aprobó la propuesta de Conant. Tan solo le hizo una pregunta a Bush: «¿tiene usted el dinero?». Esto implicaba que el Gobierno cubriría todos los fondos necesarios. Roosevelt no solo estaba autorizando la exploración de los medios para fabricar la bomba, sino también los elementos necesarios para construirla. Los soviéticos habían abandonado la idea de desarrollar una bomba a corto plazo, mientras que los alemanes todavía intentaban resolver cómo conseguirlo. Los británicos creían saber cómo fabricar la bomba, pero carecían de recursos y no podían proteger las instalaciones desde el aire. Los estadounidenses habían decidido abocar sus enormes recursos a la producción de la bomba. Eran los únicos con la preparación y los fondos requeridos para asumir este riesgo científico, financiero y, en última instancia, militar.

CAPÍTULO 8

EL SECRETO ROBADO

El bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki supuso un cambio radical en lo que Iósif Stalin pensaba de esta arma sin precedentes. Lo que Albert Speer dijo de Hitler, que era «incapaz de comprender la naturaleza revolucionaria de la física nuclear», también podía aplicarse al propio Stalin. Antes de tener noticia de la devastación provocada en Japón por la bomba atómica, el líder soviético era incapaz de concebir la revolución desencadenada por la llegada de la era nuclear a los campos diplomático y militar.

Se ha comentado mucho la ausencia de reacción de Stalin a las palabras de Truman en Potsdam en torno al ensayo nuclear. «No movió un músculo de la cara –escribió el intérprete soviético, Vladímir Pavlov, al recordar el encuentro de Stalin con Truman–. Se dio la vuelta y se marchó. Truman, desconcertado ante semejante reacción, permaneció unos segundos como si estuviera clavado al suelo, mirando cómo se alejaba Stalin». Las explicaciones al uso van desde la incomprensión de Stalin de la noticia a un intento deliberado de este de mantenerse impasible ante un rival ahora dotado del arma nuclear. Sin embargo, existen motivos razonables para creer que la reacción de Stalin indicaba, más que ninguna otra cosa, su incapacidad de comprender la importancia de la bomba.

El mariscal Gueorgui Zhúkov, que se había reunido con Stalin ese mismo día, recordó que este se tomó el asunto a risa. Stalin, hablando en presencia de Zhúkov, mencionó su conversación con Truman al comisario de Exteriores Viacheslav Mólotov. Este comentó: «Están in-

tentando parecer más fuertes». Stalin rio y respondió: «Dejémosles que lo hagan. Tendré que hablar con Kurchátov para que acelere nuestros trabajos». Al parecer, Mólotov consideraba la bomba poco más que una treta diplomática del Gobierno estadounidense. Es probable que Stalin también lo viera así. En contra de una interpretación muy extendida, Stalin no se apresuró a llamar a Ígor Kurchátov, el joven físico nuclear responsable del proyecto nuclear soviético, por aquel entonces más bien inactivo. Ni tampoco ordenó a sus jefes militares que adecuaran o aceleraran los preparativos para la guerra en el Pacífico. La primera conversación documentada de Stalin relativa al proyecto nuclear soviético con los dirigentes gubernamentales responsables de la industria de armamentos no tuvo lugar hasta después del bombardeo estadounidense de Hiroshima y Nagasaki.

El embajador estadounidense en la Unión Soviética, Averell Harriman, se reunió con Stalin en su oficina del Kremlin el 8 de agosto de 1945, dos días después del lanzamiento de la bomba estadounidense sobre Hiroshima. Eran las 20.20 h del 8 de agosto en Moscú y las 02.20 h del 9 de agosto en el Lejano Oriente. La invasión soviética de Manchuria había comenzado unas dos horas antes y faltaban menos de nueve para la explosión de «Fat Man» sobre Nagasaki. Según las minutas de la reunión recopiladas por George Kennan, asesor de la embajada estadounidense que acompañaba a Harriman, se trataron ambos temas: Stalin planteó la cuestión de la ofensiva soviética y Harriman la de la bomba estadounidense.

El generalísimo, término con el que Kennan se refiere a Stalin en su reporte, informó al embajador de que el golpe soviético había tomado por sorpresa a los japoneses y que la operación estaba avanzando mejor de lo esperado. Cuatro columnas, una de ellas compuesta por unidades de caballería, estaban atacando a los nipones y preparando el terreno para un desembarco masivo que abarcaría la isla de Sajalín. Tras intentar sin éxito solicitar la opinión de Stalin

acerca de la probable reacción japonesa a la invasión, Harriman formuló una pregunta similar en referencia a la bomba: «qué efectos piensa que la noticia de la bomba atómica tendrá sobre los japoneses». Stalin transmitió su preocupación porque los nipones pudieran usar la bomba como «pretexto para reemplazar el presente Gobierno por otro que estuviera autorizado a decidir rendirse». Es evidente que no quería que tal cosa sucediera aún.

CAPÍTULO 15

LA BRECHA MISILÍSTICA

En 1953, el «reloj del fin del mundo», iniciado en 1947 por los editores del *Bulletin of the Atomic Scientist*, se cree que a sugerencia de Edward Teller para señalar lo cerca que el mundo estaba de la aniquilación nuclear, marcó dos minutos para la medianoche, el punto identificado como la hora del juicio final. El motivo era simple: la llegada, el año precedente, del dispositivo termonuclear ensayado en la explosión de «Ivy Mike». En 1954, el ensayo Castle Bravo de una verdadera bomba de hidrógeno garantizó que las agujas del reloj se mantendrían en la misma posición amenazadora durante los años venideros. Justo en ese momento, cuando la amenaza nuclear sobre el mundo alcanzó su nivel máximo, empezaron a llegar desde Moscú señales de una posible tregua entre el este y Occidente.

Iósif Stalin falleció el 5 de marzo de 1953. Su muerte suscitó por igual esperanzas y temores en cuanto a la dirección de la política exterior soviética. La figura más poderosa surgida de la sombra de Stalin tras las primeras semanas y meses después de su muerte era Lavrenti Beria, el jefe de seguridad y del proyecto de armas nucleares del dictador. Aunque no duraría mucho: considerado una amenaza por sus colegas, fue arrestado en junio de 1953 y ejecutado antes de que terminara el año. El siguiente que tomó las riendas del Gobierno soviético fue un *apparatchik* de 51 años, Gueorgui Malenkov. El mismo día del golpe del Kremlin en que arrestaron a Beria, Malenkov firmó un decreto por el que se subordinó a sí mismo el proyecto atómico.

En agosto de 1953, el éxito del ensayo de la primera semibomba soviética de hidrógeno, el pastel de capas de Andréi Sájarov, se convirtió en el triunfo personal de Malenkov. Antes del acontecimiento, Malenkov anunció al mundo que el monopolio estadounidense de la bomba de hidrógeno se había roto e invitó a numerosos funcionarios del partido y del Estado

soviético a presenciar la prueba. Sin embargo, bravatas aparte, Malenkov se reveló un combatiente de la Guerra Fría más bien reticente. Más instruido que la mayoría de sus colegas, con un interés genuino por la física y la filosofía, Malenkov consideraba insostenible la militarización de la economía y de la sociedad soviéticas. Buscaba la manera de aliviar tensiones con Estados Unidos e invertir más en bienes de consumo y menos en armamento.

La reacción soviética al discurso de Átomos por la Paz de Eisenhower fue un reflejo del nuevo ambiente en el Kremlin. Los soviéticos no lo tacharon de mera propaganda, sino que dejaron entrever su predisposición a debatir la propuesta de Eisenhower si Estados Unidos proclamaba solemnemente que no utilizaría bombas atómicas o de hidrógeno. Los soviéticos consintieron esa diplomacia nuclear de doble vía, lo que permitió seguir las conversaciones relativas a la idea de Eisenhower de un banco conjunto de combustibles de fisión controlado por las Naciones Unidas. En marzo de 1954, los estadounidenses propusieron la creación de una agencia de las Naciones Unidas que administrara el programa. La cosa prometía.

También en marzo de 1954 Malenkov hizo un anuncio público en el que se hizo eco de algunos de los temas del discurso de Átomos por la Paz de Eisenhower al declarar que una conflagración global, «dadas las armas modernas, significaría la destrucción de la civilización mundial». Esto, combinado con declaraciones anteriores suyas de que no veía ningún motivo objetivo que hiciera inevitable la guerra entre Estados Unidos y la Unión Soviética, apuntaba a un incipiente *modus vivendi* que difería de la retórica soviética de los primeros años de la Guerra Fría, la cual insistía en la imposibilidad de la coexistencia pacífica con el imperialista Occidente de ideología hostil y, por tanto, en la inevitabilidad de la guerra, incluido un conflicto nuclear.

CAPÍTULO 18

LA APUESTA CUBANA

Hacia la primavera de 1962, Cuba se había convertido en una china en el zapato político para ambos líderes. Kennedy, tras haber heredado de la Administración Eisenhower un plan de la CIA para invadir la isla con ayuda de exiliados cubanos, fue el primero en sufrirlo.

El objetivo del plan consistía en derrocar a la administración revolucionaria establecida dos años y medio antes por Fidel Castro y sus aliados izquierdistas. La revolución, que conllevó la nacionalización de los activos estadounidenses en la isla, fue más anticolonial que comunista, pero, en lo referido a Latinoamérica, la clase dirigente de Washington no veía diferencias entre ambas motivaciones. Kennedy, quien asumió el cargo con el compromiso de combatir el comunismo y mejorar las relaciones con Latinoamérica, se vio atrapado por sus promesas inaugurales. Autorizó la invasión, pero estaba decidido a mantener en secreto el papel estadounidense, lo cual le impidió utilizar fuerzas de Estados Unidos para apoyar la aventura. La invasión de la bahía de Cochinos, nombre que recibió la operación de exiliados anticastristas con apoyo estadounidense, se saldó con una completa derrota tres días después de iniciarse, el 20 de abril de 1961.

Abril de 1961 fue uno de los peores meses de la presidencia de Kennedy y uno de los mejores del mandato de Jrushchov. El día 12, los soviéticos lanzaron con éxito al primer humano al espacio, lo cual cimentó su imagen pública de estar encabezando los avances en el campo de los misiles, así como su capacidad de descargar bombas nucleares sobre suelo estadounidense. De hecho, no existía ninguna brecha misilística o, en todo caso, la brecha real favorecía a los estadounidenses, no a los soviéticos. Jrushchov quería superarla mediante el desarrollo de un nuevo tipo de misil intercontinental no propulsado por el combustible líquido de difícil manejo que usaba el mi-

sil que puso en órbita al Sputnik. Sin embargo, entre los últimos días de 1961 y los primeros de 1962, Jrushchov empezó a darse cuenta de que sus científicos e ingenieros iban años por detrás de los estadounidenses, quienes estaban a punto de desplegar misiles Minuteman de combustible sólido, que podían dispararse con escaso preaviso, mientras que los misiles soviéticos necesitaban horas para cargar combustible.

En abril de 1962, un año después del exitoso primer viaje de un humano al espacio, Jrushchov destituyó al comandante de su fuerza de misiles y el liderazgo del país adoptó un nuevo programa de fabricación de misiles. Con respecto a Cuba, sin embargo, el mes de abril de 1962 de Jrushchov no se pareció en absoluto al abril del año precedente. El bloqueo económico estadounidense empujó a la economía cubana al borde del desastre y la reticencia de Jrushchov a cumplir su promesa de proporcionar un notable respaldo económico y, más importante, militar, abrió una brecha entre Castro y el liderazgo del Partido Comunista de Cuba. Mao Zedong asomó por el horizonte cubano como una alternativa al «indeciso» Jrushchov. El mandatario soviético, que esperaba otra invasión estadounidense, temía perder Cuba a manos de Kennedy o de Mao.

Un mes más tarde, en mayo de 1962, Kennedy pensó una solución para ambos problemas: instalaría misiles soviéticos de alcance medio e intermedio, de los que tenía en abundancia, en Cuba, denominada por los soviéticos «la isla de la libertad». Sería el equivalente a matar tres pájaros de un tiro: los misiles podrían alcanzar con facilidad Estados Unidos, protegerían la isla de una nueva invasión estadounidense y harían que Castro mostrara menos interés por flirtear con Mao, cuyas relaciones con Jrushchov iban de mal en peor.

CAPÍTULO 23

LA GUERRA DE LAS GALAXIAS

Mientras otros atacaban o cuestionaban la fe de Reagan en la posibilidad de defensas láser con base en el espacio, o la ridiculizaban tachándola de mera ciencia ficción, su adopción del concepto lo convirtió, al momento, en una realidad política y geoestratégica que la Unión Soviética no tenía más remedio que afrontar. Yuri Andrópov respondió sin tardanza al discurso de *guerra de las galaxias* de Reagan. Cuatro días más tarde, en una entrevista con el principal diario soviético, *Pravda*, el nuevo secretario general rechazó la afirma-

ción de Reagan de que Estados Unidos iba por detrás de la Unión Soviética en armamentos nucleares y sostuvo que la cifra de ojivas nucleares en misiles estratégicos había aumentado de 4000 a más de 10 000. Si bien admitió que el arsenal soviético también había crecido, declaró que ellos tan solo habían logrado alcanzar la paridad con Estados Unidos, lo cual imposibilitaba ningún futuro chantaje nuclear.

Con respecto a la Iniciativa de Defensa Estratégica, Andrópov declaró que los estadounidenses lo estaban

usando de excusa para seguir acumulando fuerzas estratégicas ofensivas con el objetivo de asestar un primer golpe contra la Unión Soviética. Estados Unidos, afirmó, estaba rechazando el principio de interconexión entre las armas de ofensiva estratégica y las defensas antimisiles que había servido de base del Tratado SALT I firmado en 1972 por Brézhnev y Nixon. Si la Iniciativa de Defensa Estratégica se hacía realidad, sentenció Andrópov, «abriría las puertas a una carrera desbocada de todo tipo de armas estratégicas, tanto ofensivas como defensivas».

Andrópov aseguró que la Unión Soviética nunca toleraría una superioridad estratégica estadounidense. El ministro de Defensa soviético, el mariscal Dmitri Ustínov, con el apoyo de científicos soviéticos ansiosos por demostrar su valía, presionaba a favor de responder a la Iniciativa de Defensa Estratégica con un sistema de misiles antibalísticos soviético. Aunque Andrópov sabía que, dado el estado lamentable de la economía que había heredado de Brézhnev, una nueva carrera armamentística hundiría en la bancarrota a la Unión Soviética. Al igual que Reagan, Andrópov

no tenía dinero que invertir en su propia iniciativa de defensa estratégica. La diferencia radicaba en que Reagan podía pedir prestado, mientras que Andrópov no, pues la economía soviética estaba en recesión permanente. Instó a Washington a que se uniera a la Unión Soviética para prevenir una «catástrofe nuclear».

La entrevista a Andrópov mostraba el grado de preocupación que la iniciativa de Reagan había causado en Moscú y daba una idea de lo que el liderazgo soviético pensaba de los estadounidenses. Los soviéticos veían en Reagan un sujeto que, sin duda, podía iniciar una guerra nuclear. «¿Se limita a jugar su juego y está siendo un hipócrita, o no es consciente de que, a pesar de todos nuestros desacuerdos ideológicos, no es posible provocar una confrontación en la era nuclear?», le preguntó Andrópov al embajador soviético en Estados Unidos, Anatoli Dobrynin. El embajador no tenía una buena respuesta a esa pregunta. Andrópov subrayó la necesidad de seguir trabajando con Reagan, pero añadió: «Debemos mantenernos vigilantes, porque es impredecible».

CAPÍTULO 25

RENUNCIAR A LA BOMBA

Pocos podían imaginar que Ucrania, cuyo nombre se había convertido en poco menos que sinónimo del desastre nuclear de Chernóbil, fuera a plantear ningún problema al proceso de no proliferación desde el momento en que el Parlamento del país dio su primer paso hacia la independencia, en julio de 1990, con la declaración de la soberanía de la república. Marcados por la experiencia de Chernóbil, los diputados ucranianos anunciaron con optimismo su apoyo al estatus no nuclear del país. «La RSS [República Socialista Soviética] de Ucrania declara solemnemente su intención de ser en el futuro un país neutral a perpetuidad, que no formará parte de bloques militares y respetará los tres principios no nucleares: no aceptar, producir o adquirir armas nucleares», decía el texto de la declaración.

El desastre de Chernóbil no era la única razón por la que los ucranianos no querían las armas nucleares soviéticas. La declaración postulaba el derecho de Ucrania a tener sus propias fuerzas armadas e implicaba que el país estaba dispuesto a dejar la Unión Soviética y quería que efectivos, misiles y bombas nucleares soviéticas salieran de su territorio. Mantener la presencia de las armas nucleares en territorio ucraniano significaba, en aquel momento, la continuidad de la presencia de tropas soviéticas. La situación apenas cambió después de que el Parlamento declarara la plena independencia de la Unión Soviética, el 24 de agosto de 1991. Viacheslav Chornovil, líder del movimiento independentista del país, Ruj, proclamó la propiedad ucraniana sobre todos los activos soviéticos,

incluidas las armas nucleares en su territorio. Sin embargo, propuso canjearlas a cambio del derecho de Ucrania a crear sus propias fuerzas armadas y del reconocimiento internacional de la independencia del país.

Con el fin de ganar legitimidad como país independiente, Ucrania debía deshacerse de sus armas nucleares, tal era el mensaje que Kyiv recibió de Washington. En octubre de 1991, el Parlamento respondió adoptando una resolución acerca del estatus no nuclear de Ucrania según la cual el país nonato se despojaría de las armas nucleares, cumpliría con las cláusulas de START I y se sumaría al Tratado de No Proliferación Nuclear en calidad de Estado no nuclear. La fuerza impulsora de la resolución era el temor de Ucrania a que, si no retiraba las armas nucleares, Rusia la invadiera con el pretexto de salvaguardarla. Sin embargo, había una salvedad en el documento: «Ucrania insiste en su derecho a controlar el no-uso de las armas nucleares emplazadas en su territorio». Esto suponía, como mínimo, un control parcial de los armamentos.

La cuestión inmediata surgida tras la disolución de la Unión Soviética era quién controlaría el arsenal nuclear soviético una vez se retiraran las ojivas de las repúblicas no rusas. Moscú y Kyiv chocaron al respecto en marzo de 1992, cuando el presidente Leonid Kravchuk ordenó detener el traslado de armas nucleares tácticas de Ucrania a Rusia. «Queremos garantías de que no puedan emplearse en ningún otro lugar. No queremos hacer más fuerte a ningún otro», declaró Kravchuk. La decisión de Kravchuk se

explicaba por el empeoramiento de relaciones entre Ucrania y Rusia. En febrero de 1992, los dos países discreparon por la financiación del transporte de las armas nucleares a Rusia. Asimismo, existían tensiones crecientes por el futuro de la Flota del Mar Negro [*Chernomorskiy flot*], que

Rusia consideraba parte de sus fuerzas estratégicas, mientras que Ucrania la consideraba parte de su herencia soviética. La cuestión de la flota estaba estrechamente ligada a la propiedad de la base naval de Sebastopol y, en última instancia, al control de toda la península de Crimea.

CAPÍTULO 26

EL RETORNO DEL MIEDO

En septiembre de 1996, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó un tratado histórico de prohibición total de ensayos nucleares, tanto para propósitos militares como pacíficos, en todos los ámbitos. También se prohibieron las pruebas subterráneas. Dos tercios de las naciones integrantes de las Naciones Unidas votaron a favor. El sueño de generaciones de activistas antinucleares, desde el ensayo Castle Bravo de 1954, parecía al fin al alcance de la mano. Entre los signatarios figuraban Estados Unidos, Rusia, el Reino Unido, Francia, China e Israel.

Brillaban por su ausencia la India, Pakistán y Corea del Norte entre los firmantes de este nuevo tratado histórico, los cuales estaban trabajando en sus respectivos programas de armas nucleares. Necesitaban ensayos, aunque fueran subterráneos, para entrar en el club del armamento atómico. Los tres se incorporaron durante los diez años siguientes. A la década de desarme, no proliferación y control de armas nucleares iniciada en 1987 con el acuerdo Gorbachov-Reagan para misiles nucleares de alcance intermedio le siguió una década de proliferación en masa. Los indios y los pakistaníes ensayaron sus bombas atómicas en 1998, seguidos de los norcoreanos en 2006.

Las pruebas nucleares ejecutadas por los tres no signatarios del tratado convirtieron los años transcurridos entre 1998 y 2006 en el periodo de mayor expansión de armas nucleares desde la década de 1960, cuando Francia, China e Israel consiguieron sus bombas atómicas. El desarme nuclear iniciado por las dos superpotencias a finales de los años ochenta del siglo XX condujo al fin de la Guerra Fría, pero no disipó las tensiones internacionales y las rivalidades regionales en otros puntos. Abandonados a sus medios, la India, Pakistán y Corea del Norte tomaron la iniciativa para garantizar su seguridad.

Los nuevos Estados atómicos tuvieron un rasgo significativo en común. Los tres eran nuevas creaciones en el mapa mundial, independientes de antiguas posesiones coloniales por fuerzas externas de un modo que los dejó sumidos en una profunda inseguridad. Llegaron al mundo con una multitud de problemas sin resolver: étnico-nacionales, religiosos, ideológicos, geoestratégicos y territoriales. Aunque sus puntos débiles se debían a factores diversos y, en ocasiones, se definían en términos diferentes, los tres países decidieron garantizar su seguridad mediante la obtención de la bomba atómica.

CAPÍTULO 27

LA GUERRA PREVENTIVA

Junio de 2010 marcó el inicio de una nueva fase de la historia de la no proliferación nuclear y es posible que también del futuro del terrorismo nuclear. Ese mes, científicos informáticos de la república postsoviética de Bielorrusia, a los que se había pedido que revisaran los sistemas informáticos iraníes que regulaban las centrifugadoras de enriquecimiento de uranio de dicho país, descubrieron un gusano informático de 500 kilobytes. El virus malicioso, que pasó a conocerse como «Stuxnet», se multiplicó en los sistemas operativos Windows y, a continuación, tomó el control de las centrifugadoras de gas que enriquecían uranio sin cesar en la instalación nuclear de Natanz, en el corazón de Irán. Al hacer que las centrifugadoras funcionaran a velocidad excesiva y luego ralentizarlas, Stuxnet destruyó un mínimo de 1000 centrifugadoras, el 10 por

ciento de la capacidad de Irán. El daño real no era tan importante como el hecho de que la guerra cibernética había entrado en el terreno de la energía nuclear y de que puede que lo hubiera cambiado para siempre.

Aunque todavía se desconoce la procedencia del virus, los expertos en tecnología informática coinciden en que, si bien el gusano Stuxnet podía emplearlo cualquiera con una memoria portátil, el desarrollo requería conocimientos técnicos, recursos y capacidad de uno o quizá dos Estados. Dedos acusadores señalaron a Estados Unidos y a Israel. Si las sospechas eran ciertas, entonces esta sería la segunda vez que Israel recurrió a un golpe preventivo para hacer descarrilar el programa nuclear de un adversario potencial: la primera vez fue el bombardeo del reactor iraquí Osirak en junio de 1981. Dicho ataque había

sido ejecutado con la cooperación inicial de Irán y contra los deseos de Estados Unidos. Ahora el objetivo era Irán y Estados Unidos podría haber sido un aliado.

El objetivo principal del ciberataque de Stuxnet era la capacidad iraní de enriquecer uranio, algo que estaba haciendo con la ayuda de centrifugadoras de gas en las plantas de enriquecimiento de uranio de Fordo y Natanz. El ataque elevó el tono del debate global en torno al programa nuclear iraní, pero sirvió de poco para detener el enriquecimiento: las centrifugadoras dañadas fueron sustituidas en poco tiempo y el proceso siguió en marcha. Expertos estadounidenses concluyeron que incluso un golpe convencional israelí contra las instalaciones nucleares de Irán sería incapaz de detener el programa de armas nucleares si este decidiera continuarlo.

A menudo, la pretensión de Irán de conseguir la bomba se ha atribuido a ambiciones regionales: relaciones hostiles con Israel, la intención de detener la transformación, de inspiración estadounidense, de Oriente Medio y la rivalidad con Arabia Saudí por el liderazgo del mundo musulmán. La inseguridad del régimen iraní, dependiente de los radicales de la Guardia Revolucionaria, y la presidencia del integrista religioso Mahmoud Ahmadinejad,

en el cargo desde 2005 a 2013, reforzaron las ambiciones nucleares del país y transmitieron más señales inquietantes al mundo exterior.

El programa nuclear norcoreano era la prueba, si es que hacía falta alguna, de que ninguna sanción impediría a un régimen aislacionista desarrollar armas nucleares si estaba determinado a conseguirlas. Habría que disuadir a Irán por medios diferentes. Tal fue la estrategia que impulsó el acuerdo firmado por las cinco potencias nucleares del Consejo de Seguridad –China, Francia, Rusia, el Reino Unido y Estados Unidos–, además de Alemania e Irán en julio de 2015. Denominado Plan de Acción Integral Conjunto [*Joint Comprehensive Plan of Action*], requería que Irán cerrara el programa que, en potencia, podía permitirle obtener uranio y plutonio de grado militar. A cambio, Irán accedería a 100 000 millones de dólares de activos congelados tras las sanciones impuestas en 2006 en relación con su programa nuclear y se le permitiría exportar y vender petróleo en los mercados internacionales. Las sanciones en dicho terreno le habían costado a Irán alrededor de 160 000 millones de dólares en cuatro años. Teherán se comprometió a congelar su programa de enriquecimiento nuclear durante un mínimo de diez años.

EPÍLOGO

Las amenazas nucleares, como hemos visto, formaron parte de la estrategia bélica de Rusia desde las primeras horas de la agresión total contra Ucrania. Transcurridos tres días desde el estallido de la guerra, Putin ordenó a las, en sus palabras, «fuerzas disuasorias de Rusia» entrar en alerta máxima, en un «régimen especial de servicio de combate». Las amenazas nucleares continuaron, en su mayoría transmitidas por el adlátere de Putin, el expresidente ruso Dimitri Medvedev, quien amenazó a Ucrania con el Armagedón nuclear si osaba atacar objetivos rusos en Crimea, o si Occidente continuaba apoyando a Ucrania. En octubre de 2022, tras la exitosa contraofensiva ucraniana en la región de Járkiv, Putin y su entorno se plantearon usar armas nucleares tácticas contra su adversario no nuclear. Washington creyó que las posibilidades de emplear armas nucleares tácticas eran lo bastante elevadas como para que el presidente Biden enviara al director de la CIA, Bill Burns, a reunirse con uno de los asistentes de Putin y advertirle de las posibles consecuencias de tales acciones. El secretario de Estado Antony Blinken comentó tiempo después que Washington tenía razones para creer «que China se había comunicado con Rusia y que le había transmitido “no vayáis por ahí”».

Las armas nucleares no se emplearon. Pero las amenazas nucleares han sido la operación psicológica [*Psychological Operations*, PSYOP] más exitosa de los rusos, la cual ha influido en las actitudes de los legisladores y la

opinión pública estadounidense en relación con la agresión rusa contra Ucrania. En respuesta a las intimidaciones provenientes de Moscú, Washington y sus aliados adoptaron una estrategia de «gestión de la escalada» en la que proporcionaron a Ucrania armas menos modernas y en cantidades insuficientes para cambiar de modo radical la situación en el campo de batalla. A resultas de ello, la demora en el suministro de HIMARS, Leopards, ATACMS y cazas F-16, así como restricciones al uso de Ucrania de algunos de tales armamentos, han desembocado en una contienda más larga y sangrienta y en una necesidad creciente de más armas.

En noviembre de 2024, Rusia sumó una nueva y trágica «primicia» a la historia de su agresión contra Ucrania. Por primera vez se empleó en batalla un misil balístico de alcance intermedio contra un complejo industrial de la ciudad de Dnipró, al parecer, la misma fábrica que produjo los misiles soviéticos enviados a Cuba en 1962. Una semana más tarde, el mismo Putin amenazó con emplear misiles similares, llamados «Oreshnik» [avellano] contra los centros de toma de decisiones y otros objetivos de Ucrania. Afirmó que «la potencia del impacto sería comparable al uso de armas nucleares». De hecho, el Oreshnik es capaz de portar múltiples ojivas nucleares y su empleo, desde el comienzo, no fue otra cosa que una amenaza nuclear dirigida no solo contra Ucrania, sino también contra el mundo. El lanzamiento del Oreshnik tuvo lugar un día después

de que Putin revisara la doctrina nuclear de Rusia, que permite el uso de armas nucleares contra un ataque convencional hacia Rusia lanzado por un Estado no nuclear, si este es apoyado por un Estado nuclear.

Ucrania y Occidente rehusaron vacilar ante el chantaje nuclear de Putin. El siguiente paso de sus amenazas nucleares fue la decisión de desplegar misiles Oreshnik en Bielorrusia. El cliente putiniano en dicho país, Aleksandr Lukashenko, declaró que Bielorrusia estaba dispuesta

a albergar el misil Oreshnik en su territorio; una adición a las armas nucleares tácticas rusas trasladadas allí con anterioridad. En junio de 2024, Rusia y Bielorrusia acometieron maniobras nucleares conjuntas y anunciaron la preparación de nuevas doctrinas nucleares. Estas incluían el uso, por parte de Bielorrusia, de armas nucleares y una reducción de los requisitos para emplear armas nucleares por parte de Rusia. En la televisión rusa, los propagandistas pidieron ataques nucleares contra Occidente.

«La era nuclear es un estudio enciclopédico sobre la proliferación atómica y una lectura imprescindible para cualquiera que quiera saber cómo hemos llegado hasta donde estamos».

Daily Telegraph

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

